

Relatos de la Vida de 'Abdu'l-Bahá

Siempre que era posible 'Abdu'l-Bahá intentaba evitar la ostentación innecesaria. Una vez, ricos visitantes de Occidente planearon para Él una elaborada escena de lavado de manos, antes de la comida: incluía un paje, un recipiente limpio con agua cristalina, ¡e incluso una toalla perfumada! Cuando el Maestro vio al grupo avanzar por el césped, supo su propósito. Se precipitó hacia una pequeña artesa de agua, se lavó como siempre y luego secó Sus manos con el paño del jardinero entonces se volvió para recibir a Sus invitados. Los preparativos destinados para Él, los utilizó para ellos.

'Abdu'l-Bahá colocó la primera piedra de la Casa de Adoración de Wilmette, Illinois, el 1 de mayo de 1912. Una tienda provisional cubría un trozo de pradera que miraba hacia el Lago Michigan. Gentes de diferentes nacionalidades estaban dispuestas a remover ceremoniosamente un pedacito de tierra. Se utilizó una pala ordinaria pero cuando llegó el turno al Maestro le ofrecieron una pala de oro. Él la devolvió y utilizó en su lugar la mísera pala de los demás. Luego colocó la primera piedra.

'Abdu'l-Bahá inspiró la creación de la Asamblea Espiritu Local de la ciudad de Nueva York. Loulie Mathews, una de las presentes cuando los amigos se reunieron para formar su primera Institución Local, recordaba que ellos tenían muy poca idea de cómo proceder. Ansiosos de impresionarse a los unos a los otros, primero se sentaron rígidamente a lo largo de la pared. No, un círculo sería mejor: se movieron. De pronto sonó el timbre de la puerta. Grace Krug regresó con un cablegrama, ¡de 'Abdu'l-Bahá! Decía simplemente “Leed Mateo, capítulo 19, versículo 30”. Necesitaban una Biblia. Finalmente encontraron la Biblia y la página. El mensaje decía: “Porque muchos que son los primeros serán los últimos y los últimos serán los primeros”. Enseguida nos volvimos tan humildes como ratones, ¡temerosos de que ese último lugar fuera de nuestro! ¡'Abdu'l-Bahá nos dio una maravillosa lección aquella noche! Aunque nos marchamos sin demasiado conocimiento sobre cómo formar una Asamblea, aprendimos una lección de cómo llegar a ser bahá'ís. Bañada en una aureola de humildad la Asamblea se formó.

La humildad de 'Abdu'l-Bahá no procedía de ninguna debilidad. Una vez cuando un niño Le preguntó por qué todos los ríos de la tierra fluyen hacia el océano, dijo: “Porque se coloca más bajo que todos ellos y de este modo los atrae hacia sí”.

En Filadelfia, 'Abdu'l-Bahá habló a los amigos sobre la Fiesta de 19 Días, la cual está en la base de la vida espiritual y comunitaria bahá'í y se celebra al comienzo de cada mes bahá'í. Él subrayó la importancia de esta ocasión: “Cada uno de vosotros debe pensar cómo hacer feliz y complacer a los otros miembros de vuestra asamblea y cada uno debe considerar a los presentes como mejores y más grandes que él y considerarse menos que los demás. Considerad cuán alta es la posición de los demás y cuán baja la propia. Si actuáis y vivís de acuerdo con estos preceptos, sabed verdaderamente y con certeza que la Fiesta es el Alimento Celestial. ¡Esa cena es la Cena del Señor! Yo soy el Siervo de esta Reunión”.

Howard Ives escribió “En las muchas oportunidades que tuve de ver a 'Abdu'l-Bahá, de escucharlo y hablar con Él, me sentí cada vez más profundamente impresionado con Su método de enseñar a las almas... Jamás discutía ni insistía sobre un punto. Le dejaba a uno en libertad. No había nunca una presunción de autoridad; al contrario era la personificación de la humildad. Enseñaba como ‘si ofreciera un obsequio a un rey’. En ningún momento me indicó lo que yo debía hacer. Se limitaba a sugerir que lo que hacía era correcto. Tampoco me dijo en lo que debía creer. Presentaba la verdad y el amor en forma tan digna y hermosa que el corazón necesariamente mostraba reverencia. Con Su voz, Sus modales, Su paciencia, Su sonrisa, mi indicó cómo debía yo ‘ser’ sabiendo que de la tierra pura del ser brotarían con seguridad los frutos de las buenas acciones y palabras”.

Mírzá Abu'l-Fadl era un eminente erudito bahá'í. A principios de este siglo, el Maestro le envió a los Estados Unidos de América, tanto para enseñar como para ayudar a los creyentes a profundizar. “Después de Su regreso él y un número de peregrinos americanos estaban sentados en la presencia de 'Abdu'l-Bahá en 'Akká. Los peregrinos comenzaron a alabar a Mírzá Abu'l-Fadl por la ayuda que les había dado, diciendo que él había enseñado a muchas almas, defendiendo la Causa de la manera más hábil contra sus adversarios, y había ayudado a construir una fuerte y dedicada comunidad bahá'í en América. Mientras continuaban derramando prodigiosas alabanzas sobre él, Mírzá Abu'l-Fadl se deprimió y afligió hasta que rompió a llorar y sollozó ruidosamente. Los creyentes se sorprendieron, no pudieron comprenderlo e incluso pensaron que no le habían alabado lo suficiente. Entonces, 'Abdu'l-Bahá explicó que al alabarle le habían herido amargamente, porque él se consideraba como la nada absoluta en la Causa y creía con absoluta sinceridad que él no era merecedor de ningún mención o alabanza.
